

gión; para los antiguos egipcios el mundo estaba lleno de poderes abstractos, de espíritus que ejercían su acción sobre la naturaleza y que tenían determinada influencia en la vida de los hombres. Innumerables eran los espíritus con los cuales el hombre se hallaba en contacto, y podían residir en todos los objetos; su domicilio estaba en las aguas, en los cuerpos celestes y en el aire; otros vivían en objetos caprichosos, pero muy especialmente en los árboles y en los animales, pues en todos los puntos del Egipto se encuentran árboles sagrados como los sicomoros, las palmeras y las acacias. Entre los animales, pocos eran los que no estaban considerados como sagrados; y en esto cada distrito tenía sus devociones particulares: en unos se veneraba á los animales domésticos como los bueyes, las vacas y los carneros, ó á las aves como el gavián y el ibis; en otros, á animales malos y temibles como el buitro, el cocodrilo y el león. Así es que á cada Estado correspondía un culto que, nacido de la comunidad social, era el lazo que los mantenía unidos.

Al lado de estas divinidades se alzaban las potencias que rigen al mundo y forman la cúspide del reino espiritual; la primera entre todas era Ra, reconocida como la suprema divinidad que gobernaba el mundo, y que por lo mismo no tenía en ninguna parte culto local. Junto á él estaba el Sol, divinidad joven y guerrera, que nacido cada mañana de la diosa del cielo, tenía que luchar contra los poderosos enemigos que se oponían á su victoriosa marcha, impidiéndole que enviara su luz al mundo; tal es el dios solar Horo, eterno enemigo de su hermano Set, el poderoso rey de las tinieblas. Debemos contar también á las diosas del cielo Isis, Hathor, Nut y las brillantes estrellas Orión y Sirio. Estas divinidades eran las principales y pertenecían al imperio celeste de Ra; pero algunas de éstas estaban más cerca de los hombres y podían entrar en relaciones directas con ellos.

Tal fué el famoso culto de los antiguos egipcios que tanta admiración causara no sólo en los tiempos pasados sino tam-

bién en los modernos, y que ha sido considerado como el más extraño de todos los pueblos.

El país continuó dividido en dos Estados, hasta que, según la tradición egipcia, se efectuó la unión de ellos en un solo imperio, y este es el hecho fundamental de donde parte la historia de Egipto. Se tiene noticia de que Menes fué el que llevó á cabo acto de tal importancia, y por tanto es el primer señor del país unido que aparece reinando 3,000 años antes de Jesucristo, después de una larga sucesión de monarcas de origen divino, contándose en primer término al dios Ptah. Con Menes comienzan los tiempos históricos que se diferencian de un modo muy marcado de todos los anteriores, y donde quiera que se habla de los soberanos terrenales del país, allí se encuentra á Menes en primer lugar. Este soberano es el que encabeza la lista de los monarcas que rigieron al Egipto, y después de él se cuentan más de veinte nombres de soberanos, de cuyos hechos y personas nada se sabe, únicamente que en su tiempo el Estado se consolidó por completo, extendiéndose más allá de las fronteras del pueblo egipcio. Estos monarcas pertenecieron á tres dinastías, procediendo las dos primeras de Thinis, patria de Menes, y la tercera, de Menfis.

La civilización egipcia en tiempo de Menes se asimiló muchas cualidades materiales y morales: las manufacturas y la industria tomaron gran incremento, bastando para demostrarlo, hacer mención de los colosales trabajos que los arquitectos y canteros realizaron á principios de la época de la IV dinastía, y de los dibujos de los sepulcros que nos permiten conocer algunos de sus principios de arquitectura. Pero de todas sus invenciones, ninguna fué tan trascendental para el desenvolvimiento de la vida y del carácter de los egipcios, como la del arte de la escritura.

La escritura egipcia se nos presenta ya en los más antiguos monumentos como un sistema completamente perfeccionado cuyo desarrollo nos es desconocido.

También en el reinado del famoso Menes se registra otro

hecho notable, como es: la fundación de la ciudad de Menfis. Todos los soberanos de aquella época construían para su residencia una nueva capital; y al hacerlo así no se realizaba una nueva fundación, sino una traslación gradual, pues el rey construía su palacio más arriba de los barrios antiguos, y la ciudad seguía poco á poco á la Corte; este cambio de residencia les era fácil por el sistema sencillo de construcción de los egipcios, que nunca edificaban con piedra sino con el limo del Nilo, ó á lo más con madera en los edificios más importantes. Menes construyó su palacio junto á la pirámide que el rey Pepi edificó en Sakkara, y la ciudad movable acabó por adquirir, en este punto, un carácter de fijeza. De aquí nació la ciudad que los egipcios llamaron Mennofer, que significa la *hermosa tumba*, á la que después los griegos dieron el nombre de Menfis. Desde esta residencia el soberano regía los destinos del Norte y del Sur, implantando una monarquía absoluta.

Para los antiguos egipcios su rey era la bondadosa divinidad cuyos beneficios se hacían sentir en todas partes; el dispensador de salud, conservación y alegría, y sobre todo, el señor del derecho que ampara á los débiles y castiga á los malvados; su voluntad era ley sin limitación alguna, y cuando rodeado de su Corte se presentaba al pueblo, resplandecía como un dios que es llevado en procesión desde su templo; el que llegaba á su presencia se postraba en el suelo manifestándole así su respeto; el rey, además, disponía incondicionalmente de la vida y de los bienes de sus súbitos, y cuando moría decía que iba á unirse con los dioses sus padres.

Los egipcios creían que la vida del hombre no acaba con su muerte, sino que con ésta se opera una misteriosa metamorfosis en el ser humano; el agente espiritual que lo animaba lo ha abandonado; pero mientras el cuerpo continúa existiendo, sigue con vida esta potencia moral. Según la idea egipcia, ese ser inmaterial que reside en los hombres, se le parece mucho en la forma y lo designan con el nombre de Ka. El Ka no era el mismo hombre sino parte de él, y por eso al separarse del

cuerpo quedando este abandonado á la putrefacción, se suspendía la ulterior existencia del individuo. Por tanto, procuraban conservar del mejor modo posible los cadáveres, preservándolos de la corrupción por medios artificiales; de aquí nació el arte del embalsamamiento, el cual llegó á tan alto grado de perfección que los cadáveres encerrados en sus tumbas desde aquellos tiempos se encuentran hoy casi intactos. Depositábanse esos cadáveres en sitios á que no pudiesen llegar las aguas del Nilo en los períodos de inundación. Así se confiaba en volver á vivir después de la muerte; los elementos separados podían reunirse, y el muerto disfrutaría luego una vida igual á la de la tierra.

Sin embargo, el simple entierro no era bastante; el espíritu no puede estar sin alimento, y perecería si sus descendientes no cuidasen de él proveyéndolo de manjares, bebidas y vestidos. Todos los días, especialmente los de fiesta, en los cuales la familia se reunía para celebrar sus alegres comidas, era un deber sagrado aderezar la mesa para el muerto, bien provista de carne, legumbres, cerveza y pan, todo esto preparado con el mayor celo; y el dios de los sepulcros, Anubis, era el encargado de hacer llegar estos dones á manos del difunto, y por eso se le dirigía la correspondiente plegaria.

Como consecuencia de estas ideas y creencias relativas al destino ulterior de las almas de los egipcios, se esmeraron en la construcción de sus sepulcros. Los destinados á las clases humildes eran simplemente bóvedas de ladrillo; pero los de los altos funcionarios y empleados de la Corte eran unas pesadas moles de piedra caliza en forma de rectángulos, perfectamente orientadas, dirigiéndose su eje mayor de Norte á Sur y estas tumbas se designan hoy con el nombre árabe de *mastabas*.

Cuando los ilustres dignatarios se construyeron sus *mastabas*, fué preciso atender de otra manera al rey, descendiente de los dioses; así es que para su cadáver, debía edificarse una colosal pirámide, en la cual se encerraría su ataúd. Concebido

este proyecto se procedió con diligencia suma á su realización, consagrándose á esta empresa todas las fuerzas del imperio.

Estos colosales monumentos que nos ofrece la época esplendorosa de la IV dinastía, son en su mayor parte de piedra traída de la canteras del monte Mokottam, enfrente de Menfis, pues los constructores no quisieron servirse de los malos materiales que les ofrecía la cordillera libia. Una magnífica calzada conducía desde la llanura de la meseta del desierto hasta el punto en que debía situarse la pirámide. Para la construcción de la cámara sepulcral, de las tapas que cerraban los corredores del interior y para la del sarcófago se empleaba granilo que se extraía de Syena.

Estas soberbias construcciones edificadas, como dije antes, en tiempo de la IV dinastía, son pruebas imperecederas del florecimiento á que llegó aquélla, pues no podían emprenderse tales obras sin que el país disfrutara del más completo bienestar, sin que el Estado se asentara sobre sólidas bases y sin que la nación se viera libre de todo peligro exterior.

Una de las pirámides más antiguas es la Dashchur que fué tumba del rey Snofru. La de Cheops, que es la mayor, y que apenas se concibe que este proyecto pudiera llevarse á cabo, tiene de elevación 480 pies ingleses, entrando en su formación 2.300,000 piedras de 46 p. c. cada una y ocupándose en su construcción 100,000 hombres; es la tumba de mayores dimensiones que se encuentra en el antiguo Egipto.

Chufu y Menkaure, inmediatos sucesores de Cheops, mandaron edificar sus pirámides en la llanura donde hoy se encuentra Gizeh. Los sucesivos soberanos de Egipto erigieron sus tumbas, ya de menores dimensiones, en las comarcas de Abusir y Sakkarah, situadas al Sur de la moderna Gizeh.

La IV dinastía fué derribada por tres hermanos que inauguraron la V; ésta dió á Egipto doce soberanos que nada de notable hicieron, á excepción de algunas excursiones que llevaron á cabo en la península del Sinaí.

Desde la época de Snofru hasta fines de la V dinastía, cons-

truyéronse en la Corte de Menfis varias pirámides y multitud de tumbas; pero ya no encontramos en ellas el esplendor de las de la época anterior; esto unido á la corta duración de los soberanos de la VI dinastía en el poder, nos hacen comprender de una manera clara, que el estado de cosas existentes había vivido demasiado y que era llegado el día en el que había de ser sustituido por una forma nueva.

Una última consideración réstame hacer acerca de este pueblo, que se presenta de una manera tan digna como brillante en la escena de la historia universal: es el país en que la civilización aparece firme y desarrollándose antes, mucho antes que en otros viejos imperios; pero también en la época de la VI dinastía, la decadencia llegó muda como llega el dolor, y avanzando por los cuatro puntos del horizonte cubrió la faz del Egipto con sus espesos nublados.....

¡Oh patria mía! no permita el cielo que cual esa y otras naciones decaigas del alto lugar que ya ocupas. Pero, ¿qué digo?..... Tienes hijos muy dignos que se esforzarán por levantarte más y más entre todos los pueblos del mundo, y esa patriótica tarea se transmitirá de generación en generación hasta la más remota posteridad, cual merecen tu gloria, tu grandeza y tus sacrificios sublimes; y así como hoy nos sentimos ufanos al contemplarte engalanada con tus oreados campos, tus torrentes fragorosos, pobladas tus selvas de cantores; así también nuestros pósteros verán realizado el ideal de una felicidad que todos anhelamos, el reinado de la civilización y del progreso, presidiendo á tus inmortales destinos; y á tí, resplandeciente como astro de primera magnitud en el cielo de la historia, y en el concierto de los pueblos libres y grandes de la tierra!

México, 1º de Junio de 1895.

GUADALUPE RODRÍGUEZ.